





en postura á Don Quijote, y que no podia dejar de soltar al leon macho, so pena de caer en la desgracia del indignado y atrevido caballero, abrió de par en par la primera jaula, donde estaba, como se ha dicho, el leon, el cual pareció de grandeza extraordinaria y de espantable y fea catadura. Lo primero que hizo fué, revolverse en la jaula donde venia echado, y tender la garra, y desperezarse todo: abrió luego la boca, y bostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua, que sacó fuera, se despolvoreó los ojos y se lavó el rostro; hecho esto, sacó la cabeza fuera de la jaula, y miró á todas partes con los ojos hechos brasas, vista y ademan para poner espanto á la misma temeridad. Solo Don Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él á las manos, entre las cuales pensaba hacerle pedazos.

Hasta aquí llegó el extremo de su jamás vista locura; pero el generoso leon, mas comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, despues de haber mirado á una y á otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas, y enseñó sus traseras partes á Don Quijote, y con gran flema y remanso se volvió á echar en la jaula: viendo lo cual Don Quijote, mandó al leonero que le diese de palos, y le irritase para echarle fuera. "Eso no haré yo, respondió el leonero; porque, si yo le instigo, el primero á quien hará pedazos, será á mí mismo. Vuesa merced, señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentía, y no quiera tentar segunda fortuna: el leon tiene abierta la puerta; en su mano está salir ó no salir; pero, pues no ha salido hasta ahora, no saldrá en todo el dia: la grandeza del corazon de vuesa merced, ya está bien declarada; ningun bravo peleante, segun á mí se me alcanza, está obligado á mas que á desafiar á su enemigo, y esperarle en campaña; y si el contrario no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento.—Así es verdad, respondió Don Quijote: cierra, amigo, la puerta, y dame por testimonio, en la mejor forma que pudieres, lo que aquí me has visto hacer; conviene á saber: cómo tú abriste al leon, yo le esperé, él no salió, volvíle á esperar, volvió á no salir, y volvióse á acostar. No debo mas, y encantos afuera, y Dios ayude á la razon y á la verdad, y á la verdadera caballería, y cierra, como he dicho, en tanto que hago señas á los huidos y ausentes para que sepan de tu boca esta hazaña." Hizolo así el leonero; y Don Quijote, poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que se habia limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, comenzó á llamar á los que no dejaban de huir ni de volver la cabeza á cada paso, todos en tropa y antecogidos del hidalgo; pero alcanzando Sancho á ver la señal del blanco paño, dijo: "¡Que me maten, si mi señor no ha vencido á las fieras bestias, pues nos llama!" Detuviéronse todos, y conocieron que el que hacia las señas era Don Quijote; y, perdiendo alguna parte del miedo, poco á poco se vinieron acercando hasta donde claramente oyeron las voces de Don Quijote, que los llamaba. Finalmente, volvieron al carro; y, en llegando, dijo Don Quijote al carretero:

"Volved, hermano, á uncir vuestras mulas y á proseguir vuestro viaje; y tú, Sancho, dale dos escudos de oro, para él y para el leonero, en recompensa de lo que por mí se han detenido.—Esos daré yo de muy buena gana, respondió Sancho; pero ¿qué se han hecho los leones? ¿son muertos ó vivos?" Entonces, el leonero, menudamente y por sus pausas, contó el fin de la contienda, exagerando, como él mejor pudo y supo, el valor de Don Quijote, de cuya vista el leon acobardado, no quiso ni osó salir de la jaula, puesto que habia tenido un buen espacio abierta la puerta de la jaula, y que, por haber él dicho á aquel caballero que era tentar á Dios irritar al leon para que por fuerza saliese, como él queria que se irritase, mal de su grado y contra toda su voluntad habia permitido que la puerta se cerrase. "¿Qué te parece desto, Sancho? dijo Don Quijote; ¿hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? bien podrán los encantadores quitarme la ventura; pero el esfuerzo y el ánimo, será imposible." Dió los escudos Sancho; unció el carretero; besó las manos el leonero á Don Quijote, por la merced recibida, y prometióle de contar aquella valerosa hazaña al mismo Rey, cuando en la córte se viesse. "Pues si acaso Su Majestad preguntare quién la hizo, diréisle, que *El Caballero de los Leones*; que de aquí adelante quiero que en este se trueque, cambie, vuelva y mude el que hasta aquí he tenido del *Caballero de la Triste Figura*; y en esto sigo la antigua usanza de los andantes caballeros, que se mudaban los nombres cuando querian ó cuando les venia á cuento." Siguió su camino el carro, y Don Quijote, Sancho y el del Verde Gaban prósiguieron el suyo. En todo este tiempo no habia hablado palabra Don Diego de Miranda, todo atento á mirar y á notar los hechos y palabras de Don Quijote, pareciéndole que era un cuerdo loco, y un loco que tiraba á cuerdo. No habia aun llegado á su noticia la *Primera Parte* de su historia; que, si la hubiera leído, cesara la admiracion en que lo ponian sus hechos y sus palabras, pues ya supiera el género de su locura; pero, como no la sabia, ya le tenia por cuerdo y ya por loco, porque lo que hablaba era concertado, elegante y bien dicho, y lo que hacia, disparatado, temerario y tonto; y decia entre sí: "¿Qué mas locura puede ser que ponerse la celada llena de requesones, y darse á entender que le ablandaban los cascotes los encantadores? y ¿qué mayor temeridad y disparate que querer pelear por fuerza con leones?" Destas imaginaciones y deste soliloquio le sacó Don Quijote, diciéndole: "¿Quién duda, señor Don Diego de Miranda, que vuesa merced no me tenga en su opinion por un hombre disparatado y loco? y no seria mucho que así fuese, porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa: pues, con todo esto, quiero que vuesa merced advierta, que no soy tan loco ni tan menguado como debo de haberle parecido. Bien parece un gallardo caballero á los ojos de su Rey, en la mitad de una gran plaza, dar una lanzada con felice suceso á un bravo toro; bien parece un caballero, armado de resplandecientes armas, pasar la tela en alegres justas delante de las damas; y bien parecen todos aquellos caballeros que en ejercicios militares, ó que lo parezcan, entretienen y

alegran, y, si se puede decir, honran las córtes de sus príncipes; pero, sobre todos estos, parece mejor un caballero andante que por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas, por las selvas y por los montes anda buscando peligrosas aventuras, con intencion de darles dichosa y bien afortunada cima, solo por alcanzar gloriosa fama y duradera. Mejor parece, digo, un caballero andante socorriendo á una viuda en algun despoblado, que un cortesano caballero requebrando á una doncella en las ciudades. Todos los caballeros tienen sus particulares ejercicios: sirva á las damas el cortesano; autorice la córte de su Rey con libreas; sustente los caballeros pobres con el espléndido plato de su mesa; concierte justas, mantenga torneos, y muéstrese grande, liberal y magnífico, y buen cristiano sobre todo, y desta manera cumplirá con sus precisas obligaciones; pero, el andante caballero, busque los rincones del mundo; éntrese en los mas intrincados laberintos; acometa á cada paso lo imposible; resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inclemencia de los vientos y de los hielos; no le asombren leones, ni le espanten vestiglos, ni atemorizen endriagos; que buscar estos, acometer aquellos, y vencerlos á todos, son sus principales y verdaderos ejercicios. Yo, pues, como me cupo en suerte ser uno del número de la andante caballería, no puedo dejar de acometer todo aquello que á mí me pareciere que cae debajo de la jurisdiccion de mis ejercicios; y así, el acometer los leones que ahora acometí, derechamente me tocaba, puesto que conocí ser temeridad exorbitante; porque bien sé lo que es valentía, que es una virtud que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad; pero menos mal será que el que es valiente toque y suba al punto de temerario, que no que baje y toque en el punto de cobarde: que así como es mas fácil venir el pródigo á ser liberal, que el avaro, así es mas fácil dar el temerario en verdadero valiente, que no el cobarde subir á la verdadera valentía; y en esto de acometer aventuras, créame vuesa merced, señor Don Diego, que antes se ha de perder por carta de mas, que de menos; porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen: *el tal caballero es temerario y atrevido*, que no: *el tal caballero es tímido y cobarde*.—Digo, señor Don Quijote, respondió Don Diego, que todo lo que vuesa merced ha dicho y hecho, va nivelado con el fiel de la misma razon; y que entiendo que, si las ordenanzas y leyes de la caballería andante se perdiesen, se hallarian en el pecho de vuesa merced, como en su mismo depósito y archivo; y démonos priesa, que se hace tarde, y lleguemos á mi aldea y casa, donde descansará vuesa merced del pasado trabajo; que, si no ha sido del cuerpo, ha sido del espíritu, que suele tal vez redundar en cansancio del cuerpo.—Tengo el ofrecimiento á gran favor y merced, señor Don Diego," respondió Don Quijote; y, picando mas de lo que hasta entonces, serian como las dos de la tarde cuando llegaron á la aldea y á la casa de Don Diego, á quien Don Quijote llamaba *El Caballero del Verde Gaban*.